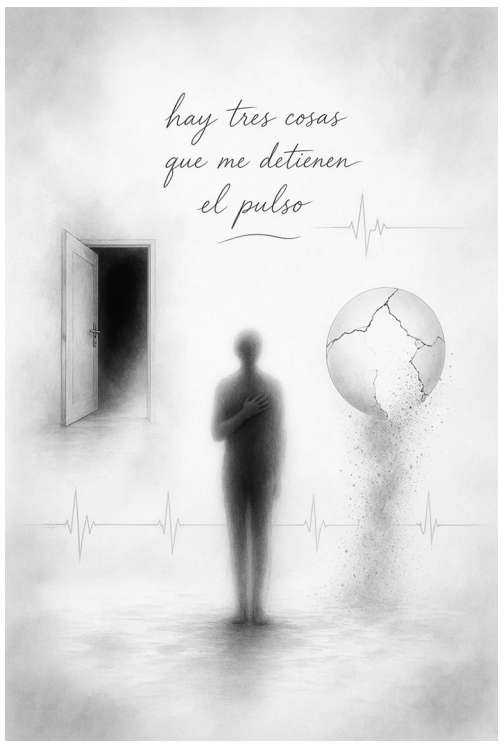
# Mirarse al espejo sin bajar la vista

*Por Erick Silva*

Hay mañanas en las que me detengo frente al espejo, no por vanidad ni por costumbre, sino por un simple acto de memoria: recordarme a mí mismo quién quiero ser. No se trata de repetir afirmaciones vacías ni de contar arrugas nuevas, sino de enfrentarme con honestidad, sin atajos. Me observo y me pregunto: ¿estás viviendo de acuerdo con tus principios, o solo sobrevives decorando la fachada?

He aprendido, no sin tropiezos, que vivir con ética no es un acto grandioso ni heroico. No aparece en discursos ni se celebra con medallas. Es silencioso, cotidiano, exigente. Como barrer el patio antes de que lleguen las visitas, aunque nadie lo note. Como no tomar lo que no es tuyo, aunque nadie te vea. Como tratar con respeto a quien no puede devolvértelo. Esas pequeñas decisiones, repetidas una y otra vez, van moldeando no solo la vida, sino el carácter.

*He aprendido a vivir con el riesgo, la pérdida, incluso con el error. Pero hay tres cosas que me detienen el pulso: la cobardía, la deslealtad y la indiferencia*




No desprecio nada, salvo el egoísmo, la mezquindad y la corrupción. No porque sean ajenos, sino porque los he sentido cerca. A veces como tentación, otras como sombra. El egoísmo no siempre grita: a veces se disfraza de prioridad personal. La mezquindad se esconde en los gestos calculados, y la corrupción empieza cuando uno se convence de que puede torcer su conciencia solo un poco, solo esta vez. Pero la conciencia no es de hule: no se estira sin romperse.

Tampoco temo muchas cosas. He aprendido a vivir con el riesgo, la pérdida, incluso con el error. Pero hay tres cosas que me detienen el pulso: la cobardía, la deslealtad y la indiferencia. La primera me recuerda cuántas veces dejé de hacer lo correcto por miedo al rechazo. La segunda, cuántas veces fallé al que confiaba en mí por no querer incomodarme. Y la tercera... la indiferencia es la peor: esa forma educada de no sentir, de mirar sin ver, de vivir sin arder.

He aprendido a no buscar pureza, sino coherencia. No quiero ser perfecto, solo quiero ser alguien que al final del día pueda mirarse al espejo sin bajar la vista.

Vivir así no garantiza el éxito ni la paz permanente. Pero sí regala algo más duradero: la posibilidad de sentir que uno no se ha traicionado. Que lo que se dijo y lo que se hizo están alineados. Que uno no negoció sus valores. Al final, eso es lo que me importa. No cuánto acumulé, ni cuántos me aplaudieron. Sino si fui fiel a lo que creí correcto, incluso cuando era incómodo. Si logré, al menos por instantes, vivir con la dignidad de quien no necesita esconderse de sí mismo.

Porque eso, aunque no brille, tiene un valor que ninguna moneda alcanza.

